



# Araucaria



---

**Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades**  
Año 12, N° 24. Segundo semestre de 2010

---

**De la independencia a la natural barbarie americana. Una lectura  
del Facundo de Domingo F. Sarmiento**

Autor(es): Maura Brighenti

pp. 53-78

URL: [http://www.institucional.us.es/araucaria/nro24/monogr24\\_1.pdf](http://www.institucional.us.es/araucaria/nro24/monogr24_1.pdf)

---

**MONOGRÁFICOS: VÍSPERAS DE LA INDEPENDENCIA:  
ASPECTOS DE LA DOMINACIÓN HISPÁNICA (II)**  
(Coordinado por José Luis Villacañas Berlanga, Universidad  
Complutense de Madrid, España)

## De la independencia a la natural barbarie americana. Una lectura del *Facundo* de Domingo F. Sarmiento<sup>1</sup>

Maura Brighenti  
Universidad de Bolonia (Italia)

Sarmiento que es todavía uno de los creadores  
de la argentinidad, fue en su época un europeizante.

No encontró mejor modo de ser argentino.

[J. C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*]

---

### Resumen

Se presenta una lectura del “*Facundo*” de Domingo F. Sarmiento y, en particular, de su más general visión de la historia y de la realidad argentina y latinoamericana a partir del esquema dicotómico de civilización y barbarie que tendrá mucha suerte en las narraciones de los procesos del modernización latinoamericanos por lo menos hasta la segunda mitad del siglo XX. A través del análisis de algunos entre los múltiples niveles narrativos del “*Facundo*” se quiere mostrar como tal imagen dicotómica se va cristalizando en el texto. Partiendo del espacio infinito y vacío de la pampa y pasando por una antropología del *gaucho* – de su manera de vivir y de conducir la guerra – Sarmiento conduce el lector hasta la forma típicamente americana de despotismo, el caudillismo, llegado en Argentina a su epopeya final con el régimen de Juan M. de Rosas.

En la última parte se intenta injertar el esquema dicotómico del *Facundo* al interior de la más general reflexión del Occidente sobre la modernidad y sus alteridades, a través por un lado del prisma orientalista y por el otro de las mismas fuentes del pensamiento moderno europeo y en particular de Locke y Hobbes.

**Palabras clave:** Argentina, Modernidad, Revolución de Independencia, Caudillismo, Civilización, Barbarie

---

<sup>1</sup> Traducción de Antonio Hermosa Andújar

## Abstract

The essay presents a reading of Domingo F. Sarmiento's *Facundo*, particularly of its conception of history and of the reality of Argentina and Latin America, taking into the account the dichotomy civilization/barbarism, which had a great fortune in the representation of the processes of modernization of Latin America until the second half of the 20<sup>th</sup> Century. Through the analysis of some of the multiple narrative levels of *Facundo*, the Author stresses how that dichotomy is crystallized within the text. Moving from the infinite and empty space of the *pampa*, through the *gaucho*'s anthropology – his way of living and fighting – Sarmiento brings the reader to the typically American form of despotism – that is *caudillismo* – which reached its higher level in Argentina with Juan M. de Rosas' regime. In the last part of the essay, the dichotomy civilization/barbarism of *Facundo* is analyzed within the general western conception of modernity and its otherness, through the Orientalist lens, on the one hand, and some fundamental doctrines of modern European thought, mainly Hobbes' and Locke's ones.

**Keywords:** Argentina, Modernity, Revolution of Independence, Caudillismo, Civilization, Barbarism

Han transcurrido más de treinta años desde la proclamación de independencia de la República Argentina cuando aparece la primera edición del libro que dará indiscutible fama a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Ya el título parece inferir un seco golpe de segur a la historia y a la realidad latinoamericana: *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*<sup>2</sup>.

Apodado “caudillo de la prensa” por su acérrimo enemigo Juan Bautista Alberdi<sup>3</sup>, Sarmiento es parte de una joven generación de intelectuales que, nacidos durante las guerras anticoloniales, se forman al amparo de las ideas ilustradas europeas para convencerse del advenimiento de una nueva época en radical discontinuidad con los tres siglos de dominación española. Con la *Revolución de Mayo* se abriría pues, también en Argentina –como, por lo demás, en el resto del continente latinoamericano-, la era del progreso, el inicio de una Historia en continuo y pacífico desarrollo hacia un futuro de pleno bienestar individual<sup>4</sup>, nacional y de la civilización en su conjunto. Mas si es el marco del

<sup>2</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo. O civilización y barbarie* (1845), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. Sobre las diversas ediciones del texto cfr. E. Garrels, *El Facundo como Folletín*, en «Revista Iberoamericana», n. 143, abril-junio de 1988, pp. 419-447.

<sup>3</sup> Cfr. J. B. Alberdi, *Cartas Quillotanas*, en J. B. Alberdi, D. F. Sarmiento, *La gran polémica nacional*, Buenos Aires, Editorial Leviatán, 2005, pp. 35-139.

<sup>4</sup> La crítica a la “imagen lineal y progressiva del tiempo histórico” está en el centro del debate inaugurado hace ya muchos años en el ámbito de los estudios post-coloniales, al que, más en general,

“tiempo homogéneo y vacío”<sup>5</sup> del progreso lo que mueve la reflexión filosófica y política de Sarmiento y su generación, muy pronto los cruentos conflictos que continúan diseñando el rostro del país, volviendo vano todo intento de aprobar una constitución, les impulsan a ajustar cuentas con una realidad que parece seguir una dirección diversa, incapaz de salir del cenagal del colonialismo: “La fuerza material rompió las cadenas que nos tenían estacionarios, y nos dio movimiento: que la filosofía nos designe ahora la ruta en que deba operarse este movimiento”<sup>6</sup>, son las palabras pronunciadas por Alberdi durante la inauguración del *Salón Literario* de Buenos Aires, sede de la breve, pero no por eso poco importante, experiencia de la *Joven Generación Argentina*<sup>7</sup>.

Las guerras entre facciones contrapuestas y la ausencia de las virtudes republicanas en masas populares, demasiado ignorantes para ejercer el sufragio que los héroes de la independencia rápidamente les concedieron, incitan a los jóvenes intelectuales a insistir en la necesidad de una revolución moral a través de la cual llevar a término el proceso inaugurado con la *Revolución de Mayo*. Aun permaneciendo firmemente anclados en el marco general de la idea de progreso promueven una dura acusación a las que llaman ilusiones ilustradas, y en particular al fatal error de Jean Jacques Rousseau, que, al situar la soberanía en manos de la voluntad general, abrió el camino a la anarquía política y al ejercicio del despotismo. Inspirados tanto por los críticos de la Revolución francesa cuanto por los de la escuela saintsimoniana, los escritos elaborados por la *Joven Generación* en la segunda mitad de los años treinta se concentran en la necesidad de constituir una República de las capacidades que, a través del ejercicio del gobierno según razón, pueda estrechar los vínculos de la armonía social asegurando a cada uno el goce igual de las libertades civiles. Frente a la faz monstruosa de una democracia carente de forma surgida tras el acceso al poder del *caudillo* Juan Manuel de Rosas (1835-1852) se pone la imagen

---

tenemos presente para muchas de las observaciones contenidas en el presente texto. Más en particular remitimos a D. Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial thought and historical difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000 y a S. Mezzadra, *La condizione post-coloniale. Storia e politica nel presente globale*, Verona, ombre corte, 2008.

<sup>5</sup> Retomamos la conocida definición de Walter Benjamin. Cfr. *Sul concetto di storia*, Torino, Einaudi, 1997.

<sup>6</sup> J. B. Alberdi, *Doble armonía entre el objeto de esta institución, con una exigencia de nuestro desarrollo social; y de esta exigencia, con otra general del espíritu humano*, en F. Weinberg (ed.), *El Salón literario de 1837* (1958), Buenos Aires, Hachette, 1977, pp. 134-143, cit. p. 141.

<sup>7</sup> Acerca de la *Joven Generación Argentina* remitimos al importante ensayo de J. Myers, *La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas*, en N. Goldman, E. Tandeter (ed.), *Nueva historia argentina*, vol. III, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005, pp. 385-445. Entre los diversos escritos publicados en la segunda mitad de los años treinta por los exponentes de la *Joven Generación* recordamos en particular: E. Echeverría, *Código, o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina* (1837), en «El Iniciador», Montevideo, 1 gennaio 1839, tomo II, n. 4, pp. 65-85, republicado después con algunas variaciones y un nuevo título: *Dogma socialista de la Asociación de Mayo* (1846), en E. Echeverría, *Obras Completas*, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamorra, 1972, tomo I, pp. 124-165; J. B. Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837), Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998.

del progresivo movimiento hacia la plena afirmación de los principios en cuyo nombre los ejércitos independentistas han combatido: “fraternidad, libertad, igualdad”, invirtiendo la tríada de la revolución francesa<sup>8</sup>.

No obstante, la esperanza de la *Joven Generación* en la rápida caída del régimen rosista y, por ende, en la reapertura del proceso constituyente argentino pronto desvaneció. Con ayuda de las tropas y de las tierras donadas a sus partidarios, Rosas consolida su dominio sobre todo el territorio nacional, de modo que al inicio de los años cuarenta el único camino posible parece ser la vuelta a la época heroica de la guerra: liberar el país del Déspota y de la tradición *caudillista* que sofoca el moderno proyecto republicano.

Desde entonces, en el ambiente ordenado y estanco de Santiago de Chile, donde se halla exiliado<sup>9</sup>, el “caudillo de la prensa” afila las armas de la polémica a fin de dar cuerpo a una conceptualización política que alcanzará notable fortuna en el continente y acabará traduciendo en las narraciones de los procesos de modernización latino-americanos que, con pocas excepciones, se transmitirán hasta bien entrado el siglo XX<sup>10</sup>: en su búsqueda de la armonía entre las partes y el todo –el individuo y la nación; los caracteres nacionales y la civilización universal–, el *Facundo* sustituye una imagen radicalmente dicotómica de la realidad que no parece dejar espacio a vía intermedia alguna: *civilización* o *barbarie*, en suma. Ciertamente, Sarmiento no es el inventor de conceptos políticos que, como se sabe, circulan copiosamente tanto en las grandes obras históricas y filosóficas del siglo XVIII y de comienzos del XIX, cuanto en los escritos de los viajeros y exploradores europeos, leídos con avidez por la *Joven Generación*<sup>11</sup>. Su contribución consiste más bien en traducirlos a un esquema general de interpretación de los procesos históricos. Y desde ese

<sup>8</sup> Cfr. E. Echeverría, *Dogma socialista...*, cit., p. 130.

<sup>9</sup> Cfr. D. F. Sarmiento, *Las elecciones actuales* (1844), en D. F. Sarmiento, *Obras Completas*, 53 voll., Buenos Aires, Universidad Nacional de la Matanza, 2001: OC. IX, pp. 62-64. Para una profundización de la experiencia de los intelectuales argentinos exiliados en Chile remitimos a J. Myers, *La revolución en las ideas...*, cit., en particular p. 417.

<sup>10</sup> Una de las más significativas excepciones la representa el peruano José Carlos Mariátegui, autor, en particular, de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Lima, 1928). Para un análisis de su teoría de la modernidad cfr. M. Brighenti, *Colonialismo, modernità, autodeterminazione. Il concetto di nazione in José Carlos Mariátegui*, en «Scienza e Politica. Per una storia delle dottrine», n. 35/2006, pp. 79-93 y F. Beigel, M. Brighenti (eds.), *José Carlos Mariátegui (1894-1930). Un marxista latinoamericano*, en «Studi Culturali», 1/2009, pp. 61-65. Para una orientación inicial sobre las teorías críticas de la modernidad en América Latina, véanse los ensayos recogidos en E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO, 2000, y en particular las contribuciones de Immanuel Wallerstein, Walter D. Mignolo y Anibal Quijano.

<sup>11</sup> Acerca de la recepción en América Latina de las narrativas de viaje, cfr. la valiosa contribución de A. Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850* (1996), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2003. Para una breve pero eficaz reconstrucción de los usos de los conceptos de civilización y barbarie entre los siglos XVIII y XIX remitimos a los dos primeros capítulos del ensayo de M. Svampa, *Civilización y barbarie. El dilema argentino*, Buenos Aires, Taurus, 2006.

punto de vista, creemos que el *Facundo* alberga un giro decisivo en el modo de pensar la cuestión –antigua cuanto el colonialismo al menos- de la relación entre el *Occidente moderno* y su *Otro*<sup>12</sup>.

Si los conflictos que acompañan a un proceso constituyente de casi un siglo de duración<sup>13</sup> representan el fondo ideal para una radicalización y absolutización de los conceptos políticos, el campo –en oposición a la *civitas*- es el espacio en el que sigue reproduciéndose la forma típicamente americana de *barbarie*: el *caudillismo*. Como intentaremos mostrar en estas páginas, en él Sarmiento no sólo aprehende una modalidad de dominación política –la forma típicamente americana de despotismo-, sino más bien “una manifestación de la vida argentina, tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno, a lo cual creo necesario consagrar una seria atención”<sup>14</sup>. He ahí por qué el autor de la biografía de Facundo Quiroga está convencido de que, a través de la narración de la vida de un *caudillo*, pueda explicarse el drama sudamericano:

es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombre que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social, no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia<sup>15</sup>.

## Las estructuras narrativas del Facundo

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡revélanoslo!<sup>16</sup>.

Tal es la invocación con la que se introduce la biografía de la “figura más americana que la revolución presenta”<sup>17</sup>, según el propio Sarmiento la define. Luego de haber inaugurado su carrera militar en las filas del *Ejército del norte*, Juan Facundo Quiroga pronto adquiere el pleno control de su provincia, para

<sup>12</sup> Una referencia fundamental, sea por la riqueza de las fuentes examinadas, que por las interpretaciones sugeridas, sigue siendo aún hoy el ensayo de S. Landucci, *I filosofi e i selvaggi* (1580-1780), Bari, Laterza, 1972.

<sup>13</sup> Solo en 1880, con la elección de la ciudad de Buenos Aires como capital federal y la conclusión de las expediciones militares a los territorios indígenas de la Pampa, se cierra el proceso constituyente argentino iniciado con la *Revolución del Mayo de 1810*. Cfr. para una reconstrucción del largo pulso institucional entre la ciudad porteña y las provincias: I. J. Ruiz Moreno, *La federalización de Buenos Aires*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1986. Un fascinante análisis de la formación de una ideología de la frontera argentina a lo largo de los últimos decenios del siglo XIX se contiene en D. Viñas (ed.), *Indios, ejército y frontera* (1982), Buenos Aires, Santiago Arcos editor, 2003.

<sup>14</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 16.

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 16.

convertirse en uno de los principales opositores de las tendencias centralistas del gobierno de Bernardino Rivadavia. En 1826, el fracaso de la asamblea constituyente reabre un largo periodo de guerra civil, en la que Quiroga combate contra las fuerzas unitarias guiadas por el general Paz primero y por La Madrid después. Al inicio de los años treinta dispone del pleno control de las provincias de San Luis, Mendoza, Córdoba y Tucumán. Transcurre un periodo en Buenos Aires, donde, de acuerdo con Rosas, continúa mediando en los conflictos interprovinciales. A su regreso de una misión a Santiago del Estero, el 16 de febrero de 1835, cae brutalmente asesinado.

A Sarmiento no parece caberle la menor duda: el mandante del mismo es Juan Manuel de Rosas, quien, fortalecido por el difuso temor en el país de que a hecho similar pueda subseguir una nueva racha de conflictos cruentos, obtiene la concesión de plenos poderes, junto a la ampliación, por cinco años más, del mandato de gobernador de la provincia y el encargo de las relaciones exteriores. Desde ese momento, el régimen de Rosas se consolida rápidamente, resistiendo durante más de quince años a una difusa oposición y a un estado de guerra permanente: desde aquélla con los antiguos exponentes del partido unitario que organizarán desde el exilio las expediciones militares de 1839-42, hasta las expediciones en el “desierto” al objeto de arrebatar nuevas tierras a los *indios* y dar satisfacción a los latifundistas, de continuo expandiéndose por nuevas tierras; desde el bloqueo francés del puerto de Buenos Aires a la guerra cultural que, a través de la prensa, le harán los intelectuales de la *Joven Generación Argentina*.

La sangre vertida en Barranca Yaco abriría por tanto un capítulo nuevo en la vida del país:

Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo. Tirano sin rival hoy en la tierra<sup>18</sup>.

Con la asunción de plenos poderes por parte de Rosas la barbarie se perfecciona hasta el punto de unificar bajo su mando el entero territorio: desde el espacio natural del campo penetra hasta el culto ambiente de Buenos Aires. En este movimiento de rápida penetración del despotismo en el propio corazón de la ciudad “la lucha de las campañas con las ciudades se ha acabado”<sup>19</sup>. No queda sino abatir al frío tirano para seguir el camino abierto por la *Revolución de Mayo*. Tal es “la unidad de sentido” que convierte la biografía de un *caudillo* en la representación de la lucha entre el inmovilismo y el progreso, el colonia-

<sup>18</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 9.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 243.

lismo y la modernidad, la barbarie y la civilización<sup>20</sup>: “De eso se trata: de ser o no ser salvaje”<sup>21</sup>, advierte Sarmiento en la introducción a *Facundo*.

A esa “unidad de sentido” remite la propia estructura del libro: a la introducción, en la que se delinea la imagen dicotómica, siguen un primer capítulo titulado *Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra*, un segundo y un tercero dedicados respectivamente a los tipos antropológicos y a las formas de socialización dominantes en el espacio de la *Pampa*. En ese punto, en una especie de salto narrativo, irrumpe la historia, la *Revolución de 1810*, que introduce la parte central de la obra en la que se narra la vida de Facundo Quiroga, desde la infancia, pasando por los crímenes y las guerras, hasta la muerte, a la que se dedica un capítulo entero. Al análisis del *Gobierno unitario* de Juan Manuel de Rosas sigue la conclusión –*Pasado y porvenir*–, la cual, al invertir la dicotomía contenida en el título, se abre a la promesa de futuro con una apelación a la Providencia para que proteja las armas del general Paz y “salve la República”<sup>22</sup>.

Empero, en el interior de una estructura que parece delineada con rigidez, se alternan múltiples niveles discursivos, como también múltiples representaciones espaciales y temporales que de continuo interactúan, se superponen, chirrían, en un estilo lleno de contrastes. Entre las parejas de opuestos que de cuándo en cuándo se presentan al lector, se halla por cierto la de Facundo Quiroga y el General Paz, que a través de la espesa concatenación de enunciados que caracteriza la narración procede de lo particular a lo general: “Facundo es el tipo de Caudillo, luego es el representante de la campaña, finalmente la imagen misma de la barbarie; del otro lado, el General Paz es el militar europeo por excelencia, en consecuencia es el representante cabal de lo que es la ciudad y, por fin, la imagen misma de la civilización”<sup>23</sup>. Vemos así en acto los sucesivos mecanismos de personificación que permiten a Sarmiento afirmar que Facundo posee el secreto de la vida del país.

Como el general Paz, Facundo Quiroga es expresión de la revolución de la independencia. Encarna una de sus “tendencias”, la del odio hacia toda forma de autoridad, de gobierno y aun de sociedad. En las filas de la *montonera* a su mando, la reivindicación de la libertad respecto de la Monarquía española deviene voluntad de destrucción, odio contra la civilización<sup>24</sup>. La *montonera* –tan similar a las “hordas beduinas” que importunan con sus depredaciones

<sup>20</sup> Cfr. T. Halperin Donghi, *Facundo y el historicismo romántico*, en T. Halperin Donghi, *Ensayos de Historiografía*, Buenos Aires, Ediciones el Cielo por Asalto, 1996, pp. 17-28.

<sup>21</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 12.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 244.

<sup>23</sup> N. Jitrik, *Muerte y resurrección del Facundo*, cit., p. 16.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 68. Sarmiento individúa la primera manifestación del odio hacia toda forma de civilización en la *montonera* comandada por José Artigas, cfr. *Ibid.*, p. 66).

la frontera de Argelia<sup>25</sup>— se caracteriza por una primitiva espontaneidad<sup>26</sup> que encuentra en el caballo y el cuchillo las válvulas de escape de una violencia indómita y primordial. A su forma primitiva y anárquica de hacer la guerra se contraponen el ejército y los generales a la europea, de los que Napoleón representa su encarnación perfecta. Vestirse así en Argentina será cosa de San Martín —en oposición al *caudillo* Bolívar- y después de Paz. Al igual que Napoleón, ambos pueden llevar a cabo “batallas regulares, según las reglas de la ciencia”<sup>27</sup>; la improvisación la sustituyen con “la táctica, la estrategia y la disciplina”; la caballería, con la artillería, vale decir, con “la matemática, la ciencia y el cálculo”<sup>28</sup>.

Por el contrario, ya desde su aspecto físico —de baja estatura, el rostro cubierto por un “pelo espesísimo, negro y ensortijado” y los ojos “llenos de fuego”— Facundo Quiroga suscita terror en quienes lo circundan<sup>29</sup>; si, joven aún, emprende “la carrera gloriosa de las armas”, pronto es un desertor, pues no puede “sufrir el yugo de la disciplina”. Así, luego de haber sembrado violencia por los campos de La Rioja, se une a la *montonera* encabezada por Ramírez, es arrestado y encerrado en la cárcel de San Luis, donde, ironías de la suerte, se reconcilia “por este acto de valor, con la sociedad”: la muerte de los prisioneros españoles que habían organizado la fuga de la misma cárcel. Dos años después, el gobierno de La Rioja, guiado por la familia Ocampo, le concede el título de *Comandante de campaña*. La guerra civil, empero, continua empeorando en la provincia y, enviado por los Ocampo a acelerar un acuerdo con los revoltosos, al mando de Félix Aldao, Quiroga se alía con los segundos, con quienes regresa a La Rioja para poner el gobierno en manos de la familia rival de los Dávila, reservándose él el “poder real que lo seguía a los Llanos”<sup>30</sup>.

Su nombramiento como *Comandante de campaña* representa para Sarmiento un paso crucial. En efecto, sólo a partir de este momento el *caudillo* de una *montonera* puede disponer del pleno control de la provincia y establecer en su territorio una forma de poder de tipo despótico:

Este es un momento solemne y crítico en la historia de todos los pueblos pastores de la República Argentina: hay en todos ellos, un día en que, por necesidad de apoyo exterior, o por el temor que ya inspira un hombre audaz, se le elige comandante de campaña. Es este el caballo de los griegos, que los troyanos se apresuran a introducir en la *ciudad*<sup>31</sup>.

Resulta sin duda significativa la estrecha relación advertida por Sarmiento

<sup>25</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 67.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 157-158.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 81.

<sup>30</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 67.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 93.

entre la figura del comandante y la del juez de campaña. En un ambiente como el de la *Pampa*, donde “la cultura del espíritu es inútil e imposible; donde los negocios municipales no existen; donde el bien público es una palabra sin sentido, porque no hay público”, se necesitan “medios vigorosos de represión, y para reprimir desalmados se necesitan jueces más desalmados aún”: “el terror de su nombre es más poderoso que los castigos que aplica”<sup>32</sup>. Es el *terror* lo que informa la administración de la justicia en el campo argentino. Y no es casualidad que Rosas –antes *comandante de campaña*- haya consolidado su régimen a partir del ejercicio de los plenos poderes, que abarcan tanto las facultades legislativas cuanto las judiciales. Siguiendo las tesis del *Facundo*, el despotismo, en su forma típicamente americana, tiene pues su hábitat natural en el ambiente de la *Pampa*, para luego penetrar en la ciudad, devastando en su rápido paso las huellas de civilización esforzadamente construidas hasta cubrir el entero territorio<sup>33</sup>. Una economía fundada principalmente en el pastoreo y la permanente presencia de la guerra constituyen las incubadoras ideales para su reproducción.

En los años veinte comienza a afirmarse la hegemonía económica de la provincia de Buenos Aires, que sustituye a las provincias del litoral, teatro de los conflictos armados, en la exportación ultramarina de los productos obtenidos de la cría de ganado<sup>34</sup>. Florecen las grandes *estancias* e inician las campañas militares para las conquistas de nuevas tierras a lo largo del espacio habitado por los indios. Rosas asume el mando de las expediciones y en 1827 concluye el acuerdo que fija la Nueva Frontera: un sistema de fuertes traza su línea y da forma al nuevo sistema de posesión de la tierra. En 1832, el decreto de Viamonte prevé la distribución de las tierras a los militares –a cumplirse por obra del comandante de campaña-, aun si hay contratos de alquiler estipulados con anterioridad. Las campañas de conquista del “desierto” prosiguen hasta que, en 1879, la gran expedición comandada por Roca pone término al espacio disponible para la apropiación de la tierra. En ese momento, treinta años después de la publicación del *Facundo*, Sarmiento denunciará el método discriminatorio con el que los lotes de tierra se conceden como premio a los militares de frontera –un acre para los soldados rasos y enteras *estancias* para los generales-, y acusará sobre todo la naturaleza antieconómica de semejante sistema de distribución. Al contrario del *homo oeconomicus* colonizador, en cuanto recibe los documentos que prueban la propiedad de la hectárea de tierra

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>33</sup> Sarmiento dedica algunos fragmentos del *Facundo* a la decadencia de las ciudades de provincia a causa de las guerras civiles y del espíritu predatorio y reaccionario de los *caudillos*. Cfr. concretamente *Ibid.*, pp. 69-74.

<sup>34</sup> Para una reconstrucción de las transformaciones económico-sociales acaecidas con el final del colonialismo se reenvía a los estudios fundamentales de Halperin Donghi y, en particular, a T. Halperin Donghi, *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)* (1982), Buenos Aires, Prometeo, 2005.

que le ha tocado en suerte el soldado “se los juega a las cartas”, o bien los fía a proveedores listos para venderlos al mejor postor. El resultado es siempre la extensión de la gran propiedad, y el combativo Sarmiento parece ya resignado:

Así es que lo que se dice aquí de la agricultura y de los soldados que van a ser propietarios, no se ha de realizar, porque me parece que esto no está bien reglamentado por el proyecto.

A mi juicio, sería conveniente que se diese a estos pobladores, una especie de organización militar, puesto que se trata de soldados que sólo están acostumbrados a obedecer a sus jefes. De esta manera sería más fácil hacerlos trabajar la tierra y sembrarla y evitar que se abandonen a la embriaguez y se gaste en semilla y útiles de labranza inútilmente<sup>35</sup>.

La organización de las *estancias* y las nuevas actividades de producción de la sal para conservar la carne exigen una mayor especialización y, por tanto, un cierto control de la mano de obra; mas, al mismo tiempo, el carácter típicamente estacional de dichas actividades, junto a la progresiva concentración de la propiedad de las tierras mejor situadas en pocas manos, contribuyen a la difusión de “una masa rural transhumante, sin hábito ni posibilidad de trabajo orgánico y continuado, sin ubicación social ni protección institucional”. Simultáneamente, la decadencia económica de las provincias del interior del país produce un proceso de “migración forzada y crónica”<sup>36</sup> que engrosa las filas de aquéllos a los que las élites política y económica definirán los “vagos” y los “mal entretenidos”. Son tales “desposeídos de la tierra”<sup>37</sup> quienes llenan las filas de las *montoneras* y garantizan la fortuna del *caudillo*, que es, al mismo tiempo, “gran propietario, jefe del ejército y enemigo de todo orden nacional”<sup>38</sup>.

Si ya en 1810, en plena guerra contra los realistas españoles, se extiende el reclutamiento a todos los “vagos” y hombres “sin ocupación conocida” comprendidos entre los 18 y los 40 años, y se instituye la *papeleta* –documento en el que se anota “el cumplimiento que la ley imponía a los habitantes de la ciudad y campaña con relación a sus deberes de índole militar”<sup>39</sup>–, un paso significativo es la invención de la figura del *Juzgado de Paz*. Establecido por la

<sup>35</sup> D. F. Sarmiento, *Distribución de tierra al ejército expedicionario de la Pampa. Sistema de población de tierras incultas* (1879), OC. XX, pp. 231-244, cit., p. 235.

<sup>36</sup> S. Bagú, *Los unitarios. El partido de la unidad nacional* (1957), in *Unitarios y federales*, Buenos Aires, Granica editor, 1974, pp. 35-70, cit. p. 37.

<sup>37</sup> Adoptamos el término, que consideramos particularmente eficaz, de las lecturas de los estudios aún hoy fundamentales de Rodríguez Molas. Cfr. sobre todo R. E. Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho* (1968), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, mas también R. E. Rodríguez Molas, *Los sometidos de la conquista. Argentina, Bolivia, Paraguay*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

<sup>38</sup> S. Bagú, *Los unitarios. El partido de la unidad nacional*, cit., p. 37.

<sup>39</sup> C. M. Stormi, *Investigaciones sobre historia del derecho rural argentino. Españoles, Criollos, Indios y Gauderios en la llanura pampeana*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1997, cit. pp. 319-320.

provincia de Buenos Aires en 1821, el *Juzgado de Paz* adquiere de inmediato un papel fundamental en la reglamentación de las relaciones sociales en el interior de la *Pampa*, convirtiéndose de hecho en la única autoridad judicial: es el que controla los contratos como *peones* y el enrolamiento de los *vagos* y *mal entretenidos*<sup>40</sup> por un mínimo de cuatro años y un máximo de seis. Como se lee en el *Manual para los jueces de paz de campaña* (Buenos Aires, 1825), para proceder a su enrolamiento —la “pena correccional”— “el procedimiento del juez de paz será sumario y verbal, y se ejecutará sin embargo de apelación según las leyes citadas [...] No admitirá el juez de paz mas prueba en favor de los sujetos aprehendidos como vagos, que los informes verbales de los otros jueces de paz, o de los alcaldes de cuartel”<sup>41</sup>.

Según cabe notar, no andamos muy lejos de la descripción de la administración de justicia que hallamos en el *Facundo*. El juez, escribe Sarmiento, se guía por “su conciencia o sus pasiones” y “sus sentencias son inapelables”, “se hace obedecer por su reputación de audacia temible, su *autoridad*, su juicio sin formas, su sentencia, un *yo lo mando* y sus castigos, inventados por él mismo”<sup>42</sup>. Y prosigue: “Lo que digo del juez es aplicable al comandante de campaña”, con la diferencia que el segundo “es un personaje de más alta categoría que el primero, y en quien han de reunirse, en más alto grado, las cualidades de reputación y antecedentes de aquel”. Si es el gobierno de la ciudad el que nombra a los *comandantes de campaña*, pues la ciudad “es débil en el campo, sin influencia y sin adictos”, los elegidos son “los hombres que más temor le inspiran”, al objeto de “tenerlos en su obediencia”. Tal es el modo de proceder “de todos los gobiernos débiles, y que alejan el mal del momento presente, para que se produzca más tarde en dimensiones colosales”; y concluye:

Es singular que todos los caudillos de la revolución argentina han sido Comandantes de Campaña. López e Ibarra, Artigas y Guemes, Facundo y Rosas. Es el punto de partida para todas las ambiciones. Rosas, cuando hubo apoderándose de la ciudad, exterminó a todos los comandantes que lo habían elevado, estregando este influyente cargo a hombres vulgares que no pudiesen seguir el camino que él había traído<sup>43</sup>.

Hiriendo de muerte el instinto bárbaro y provincial de Facundo Quiroga, en la combativa pluma de Sarmiento Rosas es pues realización de la epopeya *caudillista*<sup>44</sup>. Y a la imagen del último caudillo no puede sino hacer de con-

<sup>40</sup> Cfr. B. Díaz, *Juzgados de Paz de Campaña de la Provincia de Buenos Aires (1821-1854)*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1959.

<sup>41</sup> *Manual para los jueces de paz de campaña*, Buenos Aires, 1825, p. 6.

<sup>42</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 60.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>44</sup> Si Sarmiento interpreta el régimen rosista como cierre del ciclo *caudillista* es porque, a fin de cuentas, tiene una esperanza optimista en el triunfo inminente de la civilización. Véase al respecto el ensayo de E. J. Palti, *Rosas como enigma. La génesis de la fórmula «civilización y barbarie»*, en *Resonancias románticas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 71-84. Muchos años después de la redacción

trapunto la imagen, igual de absoluta, de la civilización: es la apelación a la Providencia con la que se cierra el *Facundo* y en cuyo nombre Sarmiento seguirá haciendo su guerra de intelectual y de político. Curiosamente, es el propio régimen rosista el que consiente a Sarmiento traducir la realidad argentina en la imagen dicotómica de la lucha universal entre civilización y barbarie. A diferencia de los *caudillos* que lo preceden, Rosas dispone de la “inteligencia de un Maquiavelo”. A diferencia de los *gauchos* –hombres naturales–, se halla dotado de razón, y mientras “organiza lentamente el despotismo” hace inteligible la barbarie americana.

Merced a la fría racionalidad del déspota, Sarmiento puede mostrar la faz de un campo aún indómito y de quien la habita sin poblarla, el *gaucho* que adopta, de cuando en cuando, sus múltiples máscaras: el *vago* que cabalga por una Pampa similar en todo a las estepas asiáticas; el ladrón de ganado; el vicioso dedicado al juego de azar y al alcohol en la *pulpería*; e igualmente, el soldado indisciplinado que degüella a los enemigos en las filas de las *montoneras* y el *caudillo* que lo manda. La racionalidad fría del déspota posibilita la representación del *gaucho* como personificación de la barbarie americana, en los límites externos del tiempo histórico, en el espacio de la naturaleza que, inmóvil, domina al hombre.

Si la barbarie remite a la idea de absoluta alteridad –lo que en suma ha vuelto es el tema del salvaje, ya presente desde las primeras narrativas coloniales–, su inscripción en el interior de un orden discursivo representa el primer paso hacia su superación. Como intentáramos mostrar, es ésa la tarea que Sarmiento asigna a su *Facundo*.

## El saber del Otro

La entrada en escena de Facundo Quiroga en el interior del libro se introduce mediante la presencia de un tigre, al que el protagonista mata apoderándose de su nombre: *Tigre de los Llanos*. Lo que la escena representa no es la lucha triunfal del hombre por el control de la naturaleza, según cabría esperar, sino más bien la lucha entre dos tigres<sup>45</sup>. Sarmiento lo pone de manifiesto unas páginas más adelante, al describir las peripecias juveniles de su personaje: “Es el hombre de la Naturaleza que no ha aprendido aún a contener o a disfrazar sus pasiones, que las muestra en toda su energía, entregándose a toda su impe-

---

del *Facundo*, la historia –y la larga duración de la guerra civil– lo forzarán a desmentirse: si en 1863 escribe la biografía del *caudillo* Peñaloza (D. F. Sarmiento, *El Chacho. Último caudillo de la montonera de los Llanos*, en OC. VII, pp. 235-307), su último libro, escrito al amparo de las nuevas ideas positivistas, tiene el amargo sabor de un equilibrio perdido. Cfr. D. F. Sarmiento, *Conflicto y armonías de la razas en América* (1883-1887), OC. XXXVIII.

<sup>45</sup> Cfr. J. P. Feinmann, *Filosofía y nación*, Buenos Aires, Ariel, 1996, pp. 224-225. Mas sobre el tema véase también F. Chávez, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina* (1956), Buenos Aires, Ediciones Coihues, 1988.

tuosidad”; “Facundo es un tipo de la barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras”<sup>46</sup>. Y justo como “hombre de la naturaleza”, Facundo es “la figura más americana que la revolución presenta”<sup>47</sup>, puesto que si tal es “el carácter original del género humano”, así es como se muestra “en las campañas pastoras de la República Argentina”<sup>48</sup>. Mas sólo un “hombre de la Naturaleza” como Facundo puede poseer el “secreto” de la *Pampa*. Y así, para tratar el tema de la barbarie, Sarmiento escribe la biografía de un “hombre de la naturaleza”.

Por otra parte, ¿habría sido posible escribir un libro de historia acerca de un acontecimiento perteneciente al mundo (*pre* o *a*-histórico, como se lo quiera llamar) de la naturaleza? O también: ¿sería posible escribir un libro de sociología acerca de un objeto —la *Pampa* argentina— en el que la sociedad simplemente no existe? Sarmiento lo niega de manera explícita cuando, desde las páginas iniciales de la introducción, lamenta la ausencia en América Latina de un Tocqueville que “premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octanes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descripto por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser, que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos”<sup>49</sup>. ¿Cabe imaginar a un Tocqueville que atravesase a caballo millas y millas de tierra desierta? Aun cuando pocos años después Sarmiento siga sus huellas a fin de emprender el “viaje científico” por la América del Norte, el escenario del Sur del continente muestra la inviabilidad de tal experiencia. El autor del *Facundo* lo remacha al describir “los caracteres argentinos”, cuando afirma que

Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia: lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres<sup>50</sup>.

Así pues, ¿en qué consiste la *originalidad* necesaria a la narración de la *Pampa*? Sarmiento desea mostrarnos aquí cómo el espacio irracional de la naturaleza no sea un espacio de pura ignorancia. En sus vísceras, en efecto, se

<sup>46</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., pp. 86-87.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 9-10.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 39.

custodia un saber que es incluso “saber de lo que el civilizado ignora”<sup>51</sup>. No es difícil entrever una chispa de romántica fascinación en la descripción de los tipos sociales que habitan la *Pampa*. Con el desprecio por la carencia de razón se mezcla el respeto por un saber ancestral que se recubre de misterio a los ojos del hombre racional. Así, al *rastreador* se le describe como el tipo “más extraordinario” de la *Pampa*; es ése que, sabiendo “seguir las huellas de un animal, y distinguirlas entre mil”, posee una “ciencia casera y popular” con la que se gana la consideración de todos, “el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle”<sup>52</sup>. El *baqueano*, en cambio, es aquél “que conoce a palmos, veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas”, “el topógrafo más completo”, “el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña”<sup>53</sup>. Más todavía: en el *gaucho malo*<sup>54</sup> -“este hombre divorciado con la sociedad”, “proscrito por las leyes”- se hallan contenidas la “profesión” y la “ciencia” del hurto. En fin, en la obra del *cantor* hay un “trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía”; “posee su repertorio de poesías populares”<sup>55</sup>.

Las capacidades de todos esos tipos sociales se hallan todas envueltas por un halo de misterio, rehúyen la mirada y hacen del secreto un elemento imprescindible de la fenomenología *pampeana*. No obstante, el plano de la ininteligibilidad deja abierta una posibilidad de comunicación, de revelación del secreto: suspendido “entre la vida que se va y la vida que se acerca”, el *cantor* –o poeta– es el anillo de conjunción entre la naturaleza y la razón, y sus versos contienen “la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros”. El *cantor* cuenta las existencias misteriosas de los *gauchos*, registra costumbres y tradiciones populares, narra la vida del horizonte infinito de la *Pampa*. La narra en forma de poesía porque no puede describirla racional, científicamente: a los parámetros del discurso científico, que ignora, los sustituye por la “intuición”, la “improvisación” y el “sentimiento”. Y en un nuevo impulso de romántica admiración, he ahí de nuevo a Sarmiento anunciando: “Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional”<sup>56</sup>.

La consideración con la que Sarmiento observa las tradiciones populares del campo lo sitúa, según Josefina Ludner, en el “límite” del *género gauchesco*: un “límite externo”, porque no ha usado la voz del *gaucho* –“el alma de

<sup>51</sup> T. Halperin Donghi, *Facundo y el historicismo romántico*, cit., p. 23.

<sup>52</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., pp. 43-44.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 45-46.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 47-48.

<sup>55</sup> *Ibid.*, pp. 48-50.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 43.

Facundo es una sombra terrible, un enigma, puesto que le ha quitado la voz<sup>57</sup>; pero un límite externo que gana el centro del género cuando se mira el contenido. El importante análisis de Ludner muestra en efecto que la trama del género *gauchesco* está construida por las categorías de “ley” y de “guerra”. Si “la delincuencia del *gaucho* no es sino el efecto de la diferencia entre dos ordenamientos jurídicos —el de la ciudad y el del campo— y entre las diversas aplicaciones respectivas, y responde a una necesidad de uso de mano de obra para los *hacendados* y de soldados para el ejército”, con la entrada en el campo de guerra el *gaucho* asume la apariencia del patriota, se disciplina y adquiere voz: “su derecho a la palabra se funda en las armas”<sup>58</sup>.

En su *Facundo*, por tanto, Sarmiento sustrae la voz al *caudillo*, narra su vida en tercera persona y demuestra pleno conocimiento del significado de semejante operación, sosteniendo cómo en el origen del ejercicio del terror se halla lo indecible del saber bárbaro:

En la incapacidad de manejar los resortes del gobierno civil, ponía el terror como expediente para suplir el patriotismo y la abnegación; ignorante, rodeábase de misterios y haciéndose impenetrable, valiéndose de una sagacidad natural, una capacidad de observación no común y de la credulidad del vulgo, fingía una presciencia de los acontecimientos, que le daba prestigio y reputación entre las gentes vulgares<sup>59</sup>.

Aun sustituyendo con su propia voz la del *caudillo*, Sarmiento advierte la exigencia de un estilo narrativo “original”, “americano”, para poder acceder a lo que permanece escondido a la mirada racional. En cuanto espacio de la barbarie, la *Pampa* no puede ser desvelada por la razón; se traduce en cambio en los melancólicos versos del *cantor* y en la triste imaginación del *gaucho* que, luego de una larga galopada, fija sus ojos en el horizonte infinito<sup>60</sup>. Al discurso científico se contraponen pues un saber “subalterno” y “marginal” que, empero, en el momento mismo de transmitirse reclama la propia legitimidad, enfatizando “su diferencia del saber europeo”<sup>61</sup>. Como sugiere Julio Ramos, a pesar del probable resultado indisciplinado e informe, la espontaneidad e inmediatez del discurso son elementos necesarios para la representación de un mundo nuevo que el saber europeo, pese a sus intereses, ignora.

La representación del “*otro* saber —el saber del *otro*”— se convierte por tanto en una operación decisiva para dar una dirección al proceso de moderni-

<sup>57</sup> J. Ludner, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988, cit. pp. 21-22.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>59</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 87.

<sup>60</sup> Se trata de una imagen recurrente en el *Facundo*. Cfr., por ejemplo, *Ibid.*, p. 40.

<sup>61</sup> Cfr. J. Ramos, *Saber del otro: escritura y oralidad en el Facundo de D. F. Sarmiento*, en «Revista Iberoamericana», n. 143, abril-junio 1988, pp. 551-569, cit. p. 551.

zación<sup>62</sup>. Pero si es esencial representar lo que el saber europeo no conoce o, en las palabras que Josefina Ludner usa para definir el *género gauchesco*, hacer un “uso culto de la cultura popular”<sup>63</sup>, resulta sin embargo igual de necesario insertar aquello que se representa –la originalidad americana– en el interior de un sistema que confiera orden a lo que por su propia naturaleza es informe. Y así, en este punto, aparece en el *Facundo* un segundo nivel de autorización del discurso, que se constituye por medio de un sistema, igual de poliédrico, de citas europeas y norteamericanas<sup>64</sup>. Los versos del *cantor* se interponen entre las narraciones de los grandes exploradores, la prosa de los románticos franceses e ingleses, las novelas de Fenimore Cooper. Es la autoridad del Occidente moderno, el espacio de la razón que se devana y procede a ordenar y a clasificar: “de lo particular al cuadro viviente” –siguiendo el método enunciado en la obra de Alexander von Humboldt, a quien Sarmiento sigue a menudo–, a fin de someter “la heterogeneidad de la barbarie al orden del discurso”<sup>65</sup>.

El “cuadro viviente” que ordena la informe materia americana es pues la mirada *occidental* sobre *Oriente*, adoptado aquí en términos metafóricos, para indicar lo que de América Latina –y de la *Pampa* argentina en particular– puede superponerse a las estepas asiáticas o a los desiertos africanos. Una mirada –la orientalista del Occidente– que, como indica Edward Said, se funda “sobre una distinción tanto ontológica como epistemológica entre Oriente de un lado y Occidente del otro”. Gracias a la distinción, el segundo representa al primero “bajo la forma de un léxico y de un discurso sostenido por instituciones, enseñanzas, imágenes, doctrinas y, en ciertos casos, por burocracias y políticas coloniales”<sup>66</sup>.

Por medio del saber racional del Occidente, que se apropia de la voz informe del Otro, la originalidad americana se traspone a forma y puede por ende ser comprendida por el hombre racional. En otros términos: si el *Facundo*, que tiene por objeto propio la barbarie, no puede darse en la misma forma de ensayo científico de *La Democracia en América*, sólo Occidente puede proporcionar la unidad de sentido a su historia.

## A través de la máscara orientalista

Una frase extraída de *Les Ruines*, de Volney<sup>67</sup>, abre la larga serie de citas

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 557.

<sup>63</sup> J. Ludmer, *Il genere gauchesco*, cit., p. 11.

<sup>64</sup> Al papel de la cita en el interior del *Facundo* está dedicado el ensayo de R. Piglia, *Sarmiento the Writer*, en *Sarmiento Author of a Nation*, Berkeley, University of California Press, 1994, pp. 127-144.

<sup>65</sup> J. Ramos, *Saber del otro*, cit., p. 566.

<sup>66</sup> E. Said, *Orientalismo. L'immagine europea dell'Oriente* (1978), Milano, Feltrinelli, 2000, pp. 11-12. No podemos sino remitir, a este propósito, al fundamental trabajo de documentación de A. Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo*, Milano, Adelphi, 2000.

<sup>67</sup> C. F. Volney, *Les Ruines ou méditation sur les révolutions des empires* (1791), Paris/Genève,

orientalistas:

Muchas veces, al salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney, en su descripción de las Ruinas: “Le pleine lune à l’Orient s’élevait sur un fond bleuâtre aux Plaines rives de l’Euphrate”. Y, en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eúfrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna<sup>68</sup>.

Según sugiere Halperin Donghi, del libro de Volney a Sarmiento no interesarían tanto las conclusiones políticas –las ruinas como símbolo de la caducidad de las cosas humanas, y especialmente de los imperios y los gobiernos-, cuanto más bien elementos en apariencia fútiles, como la imagen de un beduino que fuma su pipa acampado en las ruinas. La feliz indiferencia del beduino ante los restos de una civilización muerta que no comprende cifraría, pues, el conflicto irreductible entre dos modos de vida: el sedentario que fija el recuerdo en monumentos de piedra y el nómada, que desdeña sea los esfuerzos del primero que las glorias del pasado<sup>69</sup>. La imagen dicotómica entre el pastor nómada y el agricultor sedentario –o, en el juego de representaciones, entre el *vago* desposeído de la tierra y el pequeño propietario colonizador- ocupa, se verá, un papel central en el *Facundo*.

No obstante, limitémonos por el momento a observar que no es desde luego casual que ya la primera cita orientalista esté asociada a las “soledades” de la *Pampa*. Lo que desde ya emerge es el mal principal de la República, el mal originario, por así decir, que Sarmiento adivina en la extensión espacial: esas llanuras infinitas –“las soledades argentinas”- y el desierto que las circunda, con las provincias aisladas entre sí debido a la incapacidad de navegar los grandes ríos<sup>70</sup>, y a la carencia de carreteras y de una red ferroviaria. Provincias, sobre todo, privadas de un acceso al puerto, instrumento imprescindible de comunicación con “Occidente” y sus mercancías, tanto culturales como materiales<sup>71</sup>. Prosiguiendo la cadena de las representaciones orientalistas, aparece

Slatkine, 1979. En referencia al orientalismo de Volney cfr. G. C. Spivak, *Critica della ragione post-coloniale. Verso una storia del presente in dissolvenza*, Roma, Meltemi, 2004, p. 153.

<sup>68</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 27.

<sup>69</sup> T. Halperin Donghi, *Facundo y el historicismo romántico*, cit., pp. 21-22.

<sup>70</sup> Al tema de la navegabilidad de los ríos –instrumento esencial para el progreso del país– Sarmiento dedica amplio espacio. Cfr., además del *Facundo* (en particular pp. 24-25), D. F. Sarmiento, *Argirópolis* (1850), OC. XIII.

<sup>71</sup> En la ausencia de una salida para el comercio intercontinental y en el monopolio de Buenos Aires de las entradas aduaneras individua Alberdi las causas del perpetuarse de las guerras civiles, del ascenso del *caudillismo* e de la imposibilidad de alcanzar la consolidación de la unidad nacional. Cfr. J. B. Alberdi, *Bases y punto de partida para la organización política de la República Argentina* (1852),

con evidencia el nexo entre las grandes extensiones desiertas y el ejercicio del *terror*, el único medio posible de gobernar la *Pampa*:

Es el capataz un caudillo, como en Asia, el jefe de la caravana: necesitáse, para este destino, una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y la turbulencia de los filibusteros de tierra, que ha de gobernar y dominar él solo, en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinación, el capataz enarbola su chicote de fierro y descarga sobre el insolente, golpes que causan contusiones y heridas; si la resistencia se prolonga, antes de apelar a las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano, y reivindica, bien pronto, su autoridad, por la superior destreza con que sabe manejarlo. El que muere en estas ejecuciones del capataz, no deja derecho a ningún reclamo, considerándose legítima la autoridad que lo ha asesinado.

Así es como en la vida argentina empieza a establecerse, por estas peculiaridades, el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin debates<sup>72</sup>.

El caballo y el cuchillo son símbolos que atraviesan la entera narración del *Facundo*. Mucho más que unos simples utensilios, se les representa como genuinos apéndices vitales que vinculan al habitante de la *Pampa* con el ambiente natural. Si el cuchillo es el arma preferida del *gaucho*, habituado a degollar a los animales en las grandes *estancias*, el caballo le resulta tan esencial como su propia vida: “No podría combatir a pie; no hace sino una sola persona con su caballo. Vive a caballo; trata, compra y vende a caballo; bebe, come, duerme y sueña a caballo”. En esta ocasión, la cita orientalista se ha extraído de *El Rhin*, de Victor Hugo, cuyas palabras “parecen escritas en la Pampa”<sup>73</sup>.

El caballo es hasta tal punto esencial para el hombre que en sus cabalgadas se percibe el secreto americano. Indómito como su amo, representa el elemento de mediación que conduce de la guerra a la paz y nuevamente a la guerra. Con el caballo el *gaucho* efectúa sus correrías por la *Pampa* en los breves momentos de tregua de la guerra, para luego volver a llenar las filas de las *montoneras* cuando el conflicto se atiza con mayor brutalidad: de apéndice del *gaucho* – símbolo de ser hombre de la naturaleza- a instrumento, como el puñal, de la que Sarmiento considera la más brutal e inhumana forma de guerra. Una vez más, partiendo de lo particular hemos llegado –mediante el principio ordenador del orientalismo- al “cuadro viviente”, al centro del sistema: el *caudillismo*, máscara americana del *despotismo*.

Desde este punto de vista retenemos de gran valor la observación de Fein-

Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1969 y J. B. Alberdi, *Facundo y su biógrafo*, in *Escritos Póstumos* (1895-1901), 16 vols, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002: EP. V, pp. 135-185.

<sup>72</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit. p. 27.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 58.

mann acerca de cómo procede la analogía orientalista<sup>74</sup>. La primera identificación entre el americano y el oriental es de tipo geográfico –la extensión desértica–; mas prosigue en el ámbito de las costumbres –brutalidad, tosquedad, ocio, contemplación–, el modo de vestir<sup>75</sup> y, finalmente, la bandera, ésa “de color”, rojo púrpura, que lleva Rojas, símbolo por excelencia del *terror*<sup>76</sup>. A través de esa larga cadena de máscaras de Oriente, Sarmiento llegaría pues a una precisa conclusión: la *montonera* argentina, como la horda beduina, es la condensación de la barbarie producida por la soledad, por el despoblamiento, por el vacío. En esa primitiva y depravada forma de guerra se expresa uno de los dos términos del “conflicto universal”: “un mismo sentido y un mismo fin tiene la lucha de los soldados ingleses en la India o el África y la de los porteños en las provincias argentinas. Hay distintos frentes, pero una sola es la batalla entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia”<sup>77</sup>. Y una vez más, el circuito de las analogías se cierra en la figura de Juan Manuel de Rosas, en quien la barbarie de instinto deviene “sistema”:

La montonera, tal como apareció en los primeros días de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó ya ese carácter de ferocidad brutal y ese espíritu terrorista que al inmortal bandido, al estanciero de Buenos Aires, estaba reservado convertir en un sistema de legislación aplicado a la sociedad culta, y presentarlo, en nombre de la América avergonzada, a la contemplación de la Europa. Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido sólo en plagiar a sus antecesores y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes, un sistema meditado y coordinado fríamente<sup>78</sup>.

Empero, los niveles discursivos del *Facundo* vuelven a mezclarse, y el paso vertiginoso de la paz a la guerra se confunde con el juego de luces y tinieblas que envuelve en el misterio el espacio *pampeano*: “la oscuridad se sucede después de la luz” y “la muerte está por todas partes”; y después: “masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante de tinieblas, y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándola vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder”<sup>79</sup>. En ese juego de luces y tinieblas la atmósfera se carga de electricidad al punto de inmovilizar al *gaucho*, de empujarle a la contemplación de un horizonte que, cegado por el rayo del sol, no logra ver con claridad. Y la electricidad que incorpora, que fluye por sus nervios, “subleva las pasiones y enciende el entusiasmo”<sup>80</sup>. En la imagen del “fluido nervioso” se condensa en grado máximo la irracionalidad a la que Sarmiento ha llegado en su narración

<sup>74</sup> Cfr. P. Feinmann, *Racionalidad y irracionalidad en el Facundo*, cit., pp. 241-242.

<sup>75</sup> Cfr. D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 122.

<sup>76</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 121.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>80</sup> *Ibid.*

del habitante de la *Pampa*. El “fluido nervioso” no es sino nuda vida, pura corporeidad despojada de la razón. El “fluido nervioso” mueve los instintos más primordiales del *gaucho* y la espontaneidad más brutal de la *montonera*. Y he aquí, de nuevo, la analogía:

La tristeza habitual del grave semblante árabe, está revelando, en su humildad aparente, la resignación que no desespera, la energía que no se somete, sino que aplaza para días mejores la venganza, la rehabilitación y el triunfo<sup>81</sup>.

En esta ocasión, la máscara orientalista ha sido invertida. Sarmiento, en efecto, está narrando el viaje que, tras las huellas del gran maestro Tocqueville, emprenderá algún año después por Argelia. Y sin embargo, su mirada continúa fija en la *Pampa*, buscando las analogías que en el *Facundo* construye con el Oriente narrado desde el Occidente. Tristeza e indomable energía nos reconducen al *gaucho* y al *caudillo* argentinos, como nos reconduce a la *Pampa* la imagen que Sarmiento nos deja de su llegada a Argel: “el singular aspecto de la ciudad que se presenta a la vista como un manto blanco extendido”<sup>82</sup>. Es otra vez la extensión lo que llena la mirada –del explorador, ahora-, lo que la ciega con su blanca luz, que por largo tiempo permanece esculpida en la retina. Y una vez más Sarmiento retoma la imagen del fluido eléctrico, si bien en esta ocasión no se trata de los nervios del hombre natural, sino de la parte más indomable de la naturaleza: Argelia es como el “cráter inmenso de un volcán cuyas erupciones pueden interrumpirse, pero cuyo foco existe, vivo, ardiente e inextinguible”<sup>83</sup>.

Por ello ni los militares ni los colonos franceses deben hacerse ilusión alguna sobre la duración de su triunfo, “y saben que por un siglo al menos, cien mil hombres habrán de montar guardia por toda la extensión de la Argelia para espigar desde las alturas la agitación que pueda renacer en el pardusco grupo de tiendas clavadas en la llanura”<sup>84</sup>. Así, si en Argentina la colonización española ha llevado a la mezcla de razas diversas –del conjunto de las razas española, indígena y negra nace el *gaucho*, “un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial”<sup>85</sup>-, en Argelia no es siquiera admisible pensar en semejante fusión, de efectos siempre “degradantes”: “entre los europeos y los árabes en África, n hay ahora ni nunca habrá amalgama ni asimilación posible; el uno o el otro pueblo tendrá que desaparecer, retirarse o disolverse; y amo demasiado la civilización para no desear desde ahora el triunfo de la civilización”<sup>86</sup>.

Estamos en el espacio de la barbarie absoluta, de la total carencia de razón. Y vemos así a Sarmiento, casi ironizando sobre la distribución geográfica del

<sup>81</sup> D. F. Sarmiento, *Viajes por Europa, Africa y América (1845-1847)*, OC. V, cit. p. 158.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 158.

<sup>84</sup> *Ibid.*

<sup>85</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 28.

<sup>86</sup> D. F. Sarmiento, *Viajes*, cit., p. 166.

mundo, nos remite a la función ordenadora del discurso para decirnos que no existe para América ningún Oriente fuera de Europa:

Argel basta, con efecto, para darnos una idea de las costumbres y modos de ser orientales; que en cuanto al Oriente, que tantos prestigios tiene para el europeo, sus antigüedades y tradiciones son letra muerta para el americano, hijo menor de la familia cristiana. Nuestro Oriente es la Europa, y si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino a través del prisma europeo<sup>87</sup>.

Si Argel es suficiente para darnos una idea del modo de ser oriental, tal idea sólo podemos recibirla a través del prisma europeo. Hemos llegado aquí al centro de un discurso orientalista despojado de todo ornamento de fascinación exótica.

Absorto por completo en sí mismo, durante una galopada por el ancho desierto argelino, Sarmiento procede a ordenar las imágenes del viaje; el flujo incontrolable de la inmediatez de la percepción se presenta de golpe “en series de ideas íntima y lógicamente ordenadas”, una tras otra clasificadas “en el orden que les conviene”<sup>88</sup>. Reaparece, pues, la razón, que procede a ordenar imágenes y palabras. Y con ella se manifiesta la civilización:

No sé si por efecto análogo, o solamente por hallarme abstraído de toda perturbación exterior [...] todo cuanto había visto oído o pensado durante mis diversas aunque rápidas excursiones en África, se iba presentando al espíritu como una ordenada procesión de hechos, revestido cada uno de ellos de formas y colores correspondientes a su tiempo y lugar; y haciéndose palpable e inmediato, aun aquello que no existe, real lo que no es, pero que lo será indefectiblemente; y presente lo próximamente futuro, la colonización de la Argelia se me figuró como de largo tiempo consumada<sup>89</sup>.

Quizá, se pregunta Sarmiento, la civilización consiga vencer a la barbarie a través de un “trasplante” de ideas y de población, tal y como sucede para “ciertos árboles”: en el fondo, “el cristianismo sembrado en el Oriente, donde se secó bien pronto, vino a arraigarse en los pueblos más distantes del Occidente, y la democracia, por tantos siglos regada con sangre en Europa sin provecho, sólo se ha ostentado pura y lozana en las praderas del Mississipi y en las márgenes del Potomac”<sup>90</sup>. Así, en la Argelia del futuro, las miríadas de guerreros-colonos europeos expande “en todas direcciones la red de caminos públicos que ya empieza a cubrir el África, realizando por fin el gran pensamiento de Napoleón, de emplear como los romanos los ocios del ejército en la construcción de colosales obras públicas”; y el desierto, de nuevo “atravesado

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>88</sup> *Ibid.*, pp. 177-178.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>90</sup> *Ibid.*

por una no interrumpida fila de caravanas de camellos”, se transforma finalmente en el reino del intercambio de mercancías preciosas, resucitando una tradición de comercio “tan antiguo como el mundo”, y cuyas ruedas “describió ya Herodoto”<sup>91</sup>. Topándose con el cadáver de un colono interrumpe bruscamente la narración, reemergiendo, devastador, el espacio de la barbarie: “¡He aquí, me dije, la realidad de las cosas! ¡Ahora puedo por lo menos estar seguro de que no sueño! ¡Hay sangre y crímenes! ¡He aquí lo único posible y hacedero!”<sup>92</sup>. No podía concluirse de otra manera el viaje orientalista en Oriente.

## La Pampa americana y el estado de naturaleza

A partir de un análisis que vincula la cita de Volney a la insistencia en la “fuerza brutal” y la “autoridad sin límites”, presente en la trama toda del *Facundo*, Carlos Altamirano sugiere una lectura del papel del orientalismo de Sarmiento como dirigido no tanto a mostrar la alteridad entre dos mundos, cuanto a explicar mejor el “fantasma del despotismo”<sup>93</sup>. Si, como se ha visto ya en parte, el tema del despotismo ocupa sin duda una posición central en los planos discursivos del *Facundo*, disentimos con el magnífico análisis de Altamirano respecto de un punto a nuestro parecer crucial: el despotismo –en su forma americana, originada en el ambiente de la *Pampa*- es central para Sarmiento a causa precisamente de que en él se condensa la alteridad absoluta en relación al progresivo curso de la civilización occidental, que, surgida en suelo europeo, halla su culmen en la democracia norteamericana. Es Montesquieu mismo –que, por raro que parezca, no se incluye en la galería de citas orientalistas del *Facundo*- quien nos introduce en el razonamiento seguido por Sarmiento.

Su análisis de la forma de gobierno despótica es bien conocida: una gran extensión territorial presupone “una autoridad despótica en el gobernante”, por cuanto sólo el “miedo” puede impedir “la negligencia del gobernante o del magistrado lejano”, y la “ley”, por el hecho de estar depositada “en una sola mente”, puede cambiar “sin descanso, como los accidentes, que siempre se multiplican en el Estado en proporción a su extensión”<sup>94</sup>. Mientras en Europa los grandes imperios “nunca han podido sobrevivir por largo tiempo” –prosigue Montesquieu-, entre las amplias llanuras asiáticas hallaron en cambio su ambiente ideal. En Asia, en efecto, “el poder es siempre despótico”, pues “si la esclavitud no fuese extrema de inmediato se produciría una división que la

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 179.

<sup>92</sup> *Ibid.*

<sup>93</sup> C. Altamirano, *El orientalismo y la idea del despotismo en el Facundo*, en C. Altamirano, B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (1983), Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 83-102, cit. p. 89.

<sup>94</sup> Montesquieu, *Lo spirito delle leggi* (1748), 2 voll., Milano, Bur, 2004, vol. I, VIII, p. 277.

naturaleza del país no puede tolerar<sup>95</sup>. Analizando a continuación la diversa naturaleza de los pueblos, el científico político francés distingue entre salvajes y bárbaros: si los primeros, “por lo general cazadores”, viven en “pequeñas naciones dispersas”, los segundos, “pastores”, “constituyen normalmente pequeñas naciones en grado de juntarse”<sup>96</sup>. Una vez más, el ejemplo se extrae de Asia, tal y como se presenta en el ya prolongado archivo de las narrativas coloniales. Es un eco idéntico el que retorna en una de las más densas imágenes orientalistas del *Facundo*:

Ya la vida pastoril nos vuelve, impensadamente, a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas, aquí y allá, de las tiendas del calmuco, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham, que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque modificada por la civilización de un modo extraño<sup>97</sup>.

Ahora bien, ¿cuál sería la “extraña” diferencia introducida por la civilización? Si en las estepas asiáticas “existe la tribu nómada”, en la *Pampa* argentina “el pastor posee el suelo con títulos de propiedad”; empero, para ocupar la tierra el pastor ha debido “disolver la asociación y derramar las familias sobre una misma superficie”<sup>98</sup>. Para llegar a florecer, la gran *estancia* de ganado ha de elevarse sobre un territorio desierto y despoblado. Como la guerra que devasta cuanto halla en su camino, la ampliación de la *estancia* en búsqueda de tierras vacías a ocupar por su ganado continúa generando *vagos, ociosos y montoneros*, produciendo barbarie y nuevos desiertos inmóviles:

El progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones<sup>99</sup>.

Aquí se evidencia con claridad la deuda –más o menos consciente, pero en cualquier caso ocultada por Sarmiento– con la teoría elaborada por Locke en el quinto capítulo del *Second Treatise of Government*: es a través de la apropiación de la tierra por medio del “trabajo de su cuerpo y la obra de sus manos”<sup>100</sup> como el hombre produce el bienestar individual y nacional; es la apropiación de la tierra lo que vuelve necesaria la fundación de la ciudad, a fin de favorecer el intercambio de productos y el incremento de la riqueza. Y es la misma apropiación individual de la tierra lo que está en la base de la representación

<sup>95</sup> *Ibid.*, libro XVII, p. 438.

<sup>96</sup> *Ibid.*, XVIII, p. 446.

<sup>97</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 30.

<sup>98</sup> *Ibid.*

<sup>99</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 30.

<sup>100</sup> J. Locke, *Il secondo trattato sul governo* (1869), Milano, Biblioteca Universale Rizzoli, 2004, V, p. 97. Remitimos a la importante interpretación de G. B. Macpherson, *Libertà e proprietà alle origini del pensiero borghese. La teoria dell'individuo possessivo da Hobbes a Locke*, Milano, Isedi, 1973.

de las grandes extensiones americanas como “terra nullius”, aún a la espera de ser colonizada<sup>101</sup>.

Sin la propiedad de la tierra, el habitante de la *Pampa* no puede abandonar su natural condición de *gaucho*. Desposeído, primero, por el colonialismo y luego por el republicanismo, el *gaucho* vaga por la *Pampa*, y en su eterno vagar hacia la muerte lleva consigo las débiles huellas de la civilización:

Puede levantar la fortuna un soberbio edificio en el desierto; pero el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí, en el aislamiento y la soledad. Las privaciones indispensables justifican la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae, en seguida, todas las exterioridades de la barbarie. La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y, no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible: la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia no tiene medios de alcanzar a los delincuentes<sup>102</sup>.

De Locke a Hobbes: lo que con prepotencia aflora aquí es la célebre imagen del estado de naturaleza como estado de guerra contenida en el *Leviatán*. Conteniendo “todas las consecuencias de un tiempo de guerra”, en el estado de naturaleza hobbesiano “no hay lugar para la industria al ser incierto el fruto; y, en consecuencia, no hay cultivo de la tierra, ni navegación, ni uso de los productos que se pueden importar por mar, ni construcciones adecuadas, ni instrumentos para desplazar y remover las cosas que exigen mucha fuerza, ni conocimiento de la superficie terrestre, ni medida del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad”, “y la vida del hombre es solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta”<sup>103</sup>. No es casual que el ejemplo sea el de los salvajes de América, según los narra por la literatura colonial de la época. Mas lo que ahora nos interesa no es tanto si Hobbes piense o no en la existencia histórica del estado de naturaleza<sup>104</sup>, cuanto poner de relieve la fortuna de un aparato teórico-conceptual con el que nos topamos, casi sin cambios, en las imágenes de la modernidad –y de su Otro– elaboradas en el territorio mismo de las ex colonias a mitad del siglo XIX.

Si, por ejemplo, tomamos la definición hobbesiana de guerra –un estado que va mucho más allá de un combate específico, para manifestarse “en la disposición a batallar durante todo el tiempo en que no haya garantías de que debe

<sup>101</sup> Cfr. el valioso análisis de D. Costantini, *La teoria lockeiana della proprietà e l'America. Alla radice della giustificazione dell'idea coloniale*, «Rivista elettronica della Società Italiana di Filosofia Politica», 2005.

<sup>102</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., pp. 30-31.

<sup>103</sup> T. Hobbes, *Leviatano* (1651), Roma-Bari, Laterza, 1989, cit., XIII, pp. 102-103.

<sup>104</sup> Para una profundización de dicha cuestión remitimos a S. Landucci, *I filosofi e i selvaggi*, cit., p. 115, donde el autor discute las tesis expuestas por G.B. Macpherson (*Libertà e proprietà alle origini del pensiero borghese. La teoria dell'individuo possessivo da Hobbes a Locke*, cit.).

hacerse lo contrario<sup>105</sup>-, vemos cómo en la *Pampa* representada por Sarmiento viva el *gaucho* en un “tiempo de guerra”. Es la guerra por la propia supervivencia la que el *gaucho*, forzado por su condición, se halla combatiendo sea en las filas de la *montonera* que en las carreras a caballo, puesto que en cualquier momento puede toparse en su camino con un salvaje, un tigre o una víbora:

Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino, cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra, y puede, quizá, explicar en parte, la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas<sup>106</sup>.

La resignación, que incluso es indiferencia, ante la muerte violenta expresa en la manera más radical la naturaleza bárbara del *gaucho*<sup>107</sup>. Y si a lo largo de la trama del *Facundo* vamos encontrando, uno tras otro, todos los elementos que según Hobbes caracterizan el estado de naturaleza, no encontramos, en cambio, las “pasiones” que para el filósofo inglés impulsan al hombre a la salida de tal condición: “el miedo a la muerte, el deseo de las cosas necesarias para una vida agradable y la esperanza de obtenerlas mediante la propia laboriosidad”<sup>108</sup>. A diferencia del hombre racional hobbesiano, el habitante de la *Pampa* de Sarmiento no puede acceder a las leyes de naturaleza que deberían inducirlo a preservar la propia vida: ni tiene educación ni advierte su necesidad, carece de medios de subsistencia –un hombre “sin necesidades”-, mas no le importa: “es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales porque no conoce placeres mejores ni llevó más alto sus deseos”<sup>109</sup>. Así, mientras sus cualidades físicas están muy desarrolladas, sus cualidades morales “experimentan el hábito de triunfar sobre los obstáculos y los poderes de la naturaleza”. El *gaucho* es fuerte, presuntuoso, enérgico<sup>110</sup>. Las “atracciones agradables” de su vida están todas ligadas a la corporalidad y a una relación vitalista con la naturaleza que encuentra, en la revolución de la independencia, una gran oportunidad, por cuanto en ella puede el *gaucho* ejercitar la fuerza, sus “disposiciones guerreras”, su “antipatía por la autoridad”; halla ocupación para el “exceso de vitalidad” que con la laboriosidad del hombre racional no

<sup>105</sup> *Ibid.*, pp. 100-101.

<sup>106</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 24.

<sup>107</sup> La resignación ante la muerte es individuada por Feinmann como uno de los aspectos fundamentales sobre los que se construye la dicotomía entre civilización y barbarie en el *Facundo*. Cfr. J. P. Feinmann, *Filosofía y nación*, cit., p. 25.

<sup>108</sup> T. Hobbes, *Leviatano*, cit., XIII, p. 103.

<sup>109</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 34.

<sup>110</sup> *Ibid.*

puede ser satisfecha<sup>111</sup>.

En cambio, cuando no está ocupado en las filas de la *montonera*, el *gaucho*, antes desposeído por mano de la gran estancia, “queda desocupado, sin goces, sin ideas, sin atenciones forzosas”; e, incapaz de quedarse tranquilo en el ambiente doméstico, debe crear “una sociedad ficticia para remediar esta desasociación normal”. Es la *pulpería*, donde el *gaucho* puede consumir el exceso de vitalidad en el juego, en el alcohol que “enciende las imaginaciones adormecidas” y en los duelos a caballo. Es en esta asociación ficticia –“una asamblea sin objeto público, sin interés social”- donde se forjan el carácter y la reputación de aquéllos que más tarde “van a aparecer en la escena política”: “esta reunión, este club diario, es un verdadero circo olímpico, en que se ensayan y comprueban los quilates del mérito de cada uno”<sup>112</sup>. En la *pulpería*, el *caudillo* prueba su valor y pone las bases de la acumulación de un poder hasta tal punto amplio y terrible como “sólo se encuentra hoy en los pueblos asiáticos”<sup>113</sup>.

Así pues, desde la desolación de las *grandes soledades pampeanas* se llega a la anarquía y al despotismo; pero para que el proceso se cumpla es necesario pasar por la revolución de la independencia, “que llevó a todas partes el movimiento y el rumor de las armas”:

La vida pública, que hasta entonces había faltado a esta asociación árabeorromana, entró en todas las ventas, y el movimiento revolucionario trajo, al fin, la asociación bélica en la *montonera* provincial, hija legítima de la venta de la estancia, enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario. Desenvolviéndose los acontecimientos, veremos [...] formarse al fin, el Gobierno central, unitario, despótico, del estanciero don Juan Manuel Rosas, que clava en la culta Buenos Aires, el cuchillo del gaucho y destruye la obra de los siglos, la civilización, las leyes y la libertad<sup>114</sup>.

No queda sino encomendarse a la Providencia y al Viejo Continente a fin que ocupe, con su excesiva población, su ciencia y su industria el único “mundo cristiano civilizable y desierto” que existe fuera de Europa: a la civilización “¡no se renuncia así no más!”<sup>115</sup>.

<sup>111</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 58. No es muy diversa de la descripción que del habitante de la *Pampa* hace Charles Darwin en su *Viaggio di un naturalista intorno al mondo* (1839-1845), Torino, Einaudi, 2004, en concreto p. 146).

<sup>113</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, cit., p. 60.

<sup>114</sup> *Ibid.*, pp. 61-61.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 13.